

MEMORIA DE UNA REVUELTA ESTUDIANTIL

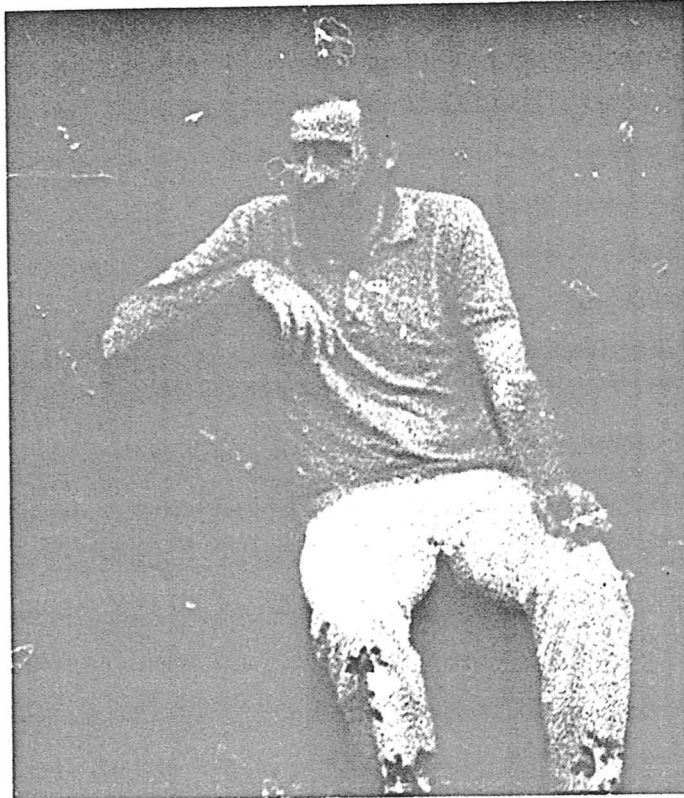
LA CRÓNICA

El hombre que rompió la cabeza al Caudillo

ARCADI ESPADA

"...mientras que un grupo reducido, que no llegaba al centenar, desoyendo las voces de cordura de sus compañeros, abandonó el Paraninfo y, rompiendo la puerta que comunica con el claustro, se dirigió por los pasillos del mismo profiriendo gritos subversivos y pintando letreros en los que se leía, entre otros, lo siguiente: '¡Liberales, no! ¡Fascismo, no! ¡Diálogo, no! ¡Violencia, sí! Derribaron a continuación la puerta que daba acceso al Rectorado e irrumpieron en el antedespecho del rector, destrozando todo el mobiliario. Derribaron también la puerta del despacho del rector, se abalanzaron sobre éste, mientras un grupo de ellos abría la ventana que daba a la calle, y tras pisotear la bandera nacional, la arrojaron a la calle, así como un busto del Jefe del Estado. Seguidamente pretendieron también lanzar por el balcón al rector, doctor don Manuel Albaladejo, el cual tuvo que ser defendido por bedeles y personal administrativo. Parece ser que afortunadamente del gupo salió una voz que dijo: '¡Mártires, no!'" (ABC, sábado 18 de enero de 1969).

"Yo tenía 18 años, ya me llamaba Joaquim Espinet, llevaba pantalones y cazadora de pana, todo negro, y el pelo muy largo. Era el coautor de un partido político, el CES (Comisión de Estudiantes Socialistas), que estaba muy, muy a la izquierda. Que se salía, vamos. Entonces yo era éste: estudiaba primer curso de Letras y en las asambleas casi nunca hablaba. Aquella mañana el Paraninfo estaba a rebosar. Muy caliente. La asamblea debió de durar poco, una hora. Al final fue creciendo el murmullo: '¡Al rectorado, al rectorado!'. Hasta el Paraninfo deben de haber menos de 300 metros. Eramos casi un centenar. No lo sé muy bien porque yo iba delante. De cuando en cuando me volvía. En la puerta del rectorado no seríamos más de una treintena. No llevábamos ni sprays ni banderas ni nada. Sólo gritos. Los bedeles nos cerraron el



Joaquim Espinet Boronat en una fotografía reciente; abajo, su carnet universitario correspondiente al curso del asalto al rectorado.

paso y hubo que darles algún golpe. Nada, un forcejeo, nada importante. Cuando entramos en el despacho del rector, ya éramos sólo unos 15, y una pequeña puerta se cerraba. Por ella se escapaba Albaladejo. Nunca llegamos a verlo, ni mucho menos a encarnarnos con él".

"Claro que íbamos a por él. No para tirarlo por la ventana, sino para que bajara al

Paraninfo, a la asamblea. Pero huyó. Entonces empezamos a destrozarnos el mobiliario, a tirar las máquinas de escribir, algún jarro, alguna estatua. Hasta que lo vimos... Era un busto muy grande, de piedra negruzca. Lo cogimos entre tres. Un tal Antón, también del CES, otro compañero del que he olvidado todo y yo. Abrimos la ventana, yo no sé de quién fue efectivamente la idea, pero aquel busto y la ventana eran una tentación muy fuerte. El busto pesaba, pesaba mucho".

"La Gran Vía estaba cerrada por la policía. En un extremo había un grupo de grises. La piedra cayó al vacío sin ningún peligro para nadie y cuando se estrelló contra el suelo les gritamos a los grises, '¡Asesinos, asesinos!...', aquellas cosas. Y escapé a toda prisa".

"El asalto al Rectorado de Barcelona, obra de una minoría no identificada. El ministerio de Educación y Ciencia, al repudiar los hechos, anuncia que se sancionará enérgicamente a los responsables". (ABC, 19 de enero de 1969).

"Al día siguiente leí los diarios, decretaron el estado de excepción y entonces, sólo entonces, me di cuenta de que podía pasarme algo muy serio. Me largué de casa y me escondí en la de mi hermano. Luego me marché fuera de Barcelona. En total un mes y medio. Nunca me identificó nadie, nunca me detuvo la policía, nunca he hablado de esto, sino entre los muy amigos o en alguna conversación de mili, de noche, ya muy tarde. Dejé el CES y me alisté en el Partido Comunista Internacional. Iba volviéndome serio".

—O sea, que usted fue el hombre que le rompió la cabeza a Franco.

—Bueno, ¿sabe?, aquella piedra negruzca era muy dura. Cuando cayó nos quedamos un segundo en la ventana expectantes, mirándola. Allá abajo estaba la cabeza, en efecto. Entera. Tal vez, no se veía con precisión, con alguna esquina agrietada.

Consejo de guerra y cárcel para los acusados